

# La revelación versus el secreto

**Carmen Elena Balbás**

*«La mera existencia y el carácter de una sociedad están dados por la comunicación que se genera en su interior»*

*Fernández Christleb*

En la sociedad venezolana actual, se contraponen dos formas de discurso político, el del secreto y el de la revelación. Ambos coexisten, producto de espacios históricos distintos, el del pasado gomecista y el del presente democrático.

Durante veintisiete años, el país se torna en un feudo cerrado, dominado por el «hombre solitario», quien hace del silencio y del terror el muro contentivo de cientos de miles de venezolanos. El tirano consideraba todo conocimiento, toda información, como elementos peligrosos.

En esa época, es en el ámbito privado de la casa donde se intercambia y se organiza la sociabilidad política que, dialécticamente, adquiere su apertura en los zaguanes, en los patios interiores o en los cuartos. Espacio limitado que se ensancha y que trasciende a través de la opinión pública rumorada. Es allí, en el recinto hogareño donde, paradójicamente, se universaliza el discurso político, que viene a ser el intercambio secreto de unos pocos: el de los elegidos.

Palabras como *justicia social, democracia*, no se vociferan ni se confrontan en las plazas o en los cafés, sino que se rumoran y se susurran en el interior de la «concha», del cuarto de pensión, de los viejos lupanares o en La Rotunda.

Podemos decir que la democracia, «gobierno de muchos», nace de la iniciativa de unos pocos que la sueñan íntimamente. La democracia, «proyecto colectivo», se deriva de una gestión clandestina, en el ámbito de lo doméstico, de lo privado.

A finales de la década de los treinta, la democracia se transforma en un proyecto público, como una finalidad del todo social, por lo que adquiere personalidad secular a través del partido, pero sin que ello signifique que deja de ser «proyecto familiar», para pasar a ser responsabilidad ciudadana. Así, el término hijo, hermano o amigo, se refrenda y se extiende al de compañero o camarada.

Sin embargo, después de treinta y cinco años de convivencia democrática, hoy en día se sigue manteniendo un doble discurso: el oficial-público y el privado-informal.

En el país, los gobernantes y los líderes políticos transforman esa dualidad comunicacional en el discurso cuasipúblico de los medios de comunicación, y aunque la política debe ser una función pública, su ejercicio y decisión se lleva a cabo a puerta cerrada.

En toda democracia se parte del supuesto de que cada ciudadano debe estar capacitado, en conocimiento e información, para poder pronunciarse sobre los problemas comunes, sin embargo, el gobierno democrático es el primero en instituir el secreto de la información, haciendo uso del *lenguaje cifrado*, se emplean frases metafóricas, a las que cada quien puede darle la interpretación que quiera, pero que finalmente sólo los iniciados pueden descifrar o saber de lo que se trata. Ejemplo más relevante de esto fue el de un ex-presidente que sólo se expresaba mediante refranes, instituyendo así una modalidad cabalística o, cuando menos, de variada interpretación.

*La cientifización del lenguaje*, se efectúa a través de términos pseudo-científicos: «estadísticas-dolorosas», «mercado-paralelo», «menú-económico», «agenda-Venezuela», mediante los cuales se pretende humanizar el hecho, al calificarse con referentes subjetivos, tornados asépticos para descargarlos de sus significados sociales concretos; así la dimensión del hecho, y sus consecuencias quedan minimizados. ¿Podría alguien decir en qué se diferencia una pobreza relativa de una pobreza crítica? *La no declaración o la declaración sin enunciados*, como: «se está estudiando», «no hay comentarios» o «se llevará hasta sus últimas consecuencias», son algunas de las variantes más trilladas.

Caracas es una ciudad que se expresa a sí misma, no en sus cifras estadísticas de los fines de semana, sino en la arremetida casi violenta de sus buhoneros —quienes conforman lo que se ha denominado eufemísticamente economía informal— y que la convierte en un gran bazar del consumismo, cualitativamente tercermundista.

Frente al mercado que vocea sus

mercancías en las plazas o en avenidas principales, se yergue el Congreso —foro público o arquetipo de todos los públicos—, pero que con el tiempo, dejó de reflexionar, discutir y confrontar los problemas comunes, cerrándose sobre sí mismo, propiciando sólo monólogos ensordecedores.

Vemos entonces, que en el discurso político, el secreto y la revelación se contraponen mutuamente, trastocando sus espacios naturales. El primero —proceso comunicativo que emana de lo oculto, de lo clandestino—, se arroja y se apropia de lo público, y el segundo, se ideologiza y se vuelve privativo de los cenáculos que se identifican, no ya con el partido, sino con la mafia del poder.

El sistema democrático, o de la mayoría, es una iniciativa social, que exige demanda de la confrontación y el diálogo, puesto que la democracia, al querer objetivarse en un *proyecto político colectivo*, no sólo necesita de un cuerpo ideológico que lo sustente, sino que también exige de interlocutores, en este caso cientos o miles que lo compartan, de allí que presuponga la necesidad de que tal proyecto sea revelado y accesible a todos, y que los ciudadanos tengan la posibilidad de antagonizarlo o refrendarlo, pues de no ser así se convierte en un delirio esquizofrénico.

**COMUNICACION**

Tomado del diario *El Nacional*, 5/02/96.